

siglo y aun en las más sangrientas de las victorias, es como una voz de mando que nos transmite el genial sabio cuyo centenario celebramos. El más piadoso de los homenajes que se puede rendir a hombre tan grande es el procurar imitarlo, si no en su genio—lo que no es posible—sí en lo que constituye el fondo mismo de su sér, el corazón de su corazón: el amor al traje, al pensamiento, a la familia y a la patria.

PAUL BOURGUET

EL TREN

I

Van a venir dos amigos míos, y hace falta espacio; y las cestas no van en el sitio de las personas.

—Verdá es que no van.

—Pues entonces no sé por qué se niega a quitar ésa. Póngala arriba, si cabe.

—No la pongo.

—¿Por qué?

—Porque no quiero.

—Vaya, amigo, basta de consideraciones; ¿quiere usted quitar la cesta o no?

—Que no señor, que no me da la gana.

—¡Mire usted que llamo al jefe de la estación!

—¿Y a mí qué m'importa? de hombre a hombre no va nada; llámelo usted.

—¿Quita usted la cesta?

—Paice mentira que lleve usted corbata.

—¿Qué tiene que ver?

—Sí, señor, que tiene; porque que no entienda ni tenga prencipios, ni se haga cargo de lo que l'hicen un cualquiera, un focín del campo, toavía pué ocurrir.

¡Pero un hombre con corbata! Amos, hombre, que lo que es usted no debe ser letrao.

—Ahora mismo voy a llamar al jefe.

—¡Bueno, buenol

—¡Señor jefe! ¡Aquí! ¡Haga usted el favor! (Viene el jefe y sube al vagón).

—¿Qué desea usted? El tren va a partir...

... Este hombre que no quiere quitar de en medio esa cesta.

—A ver, quite usted la cesta, que no puede ir ahí le dice el jefe.

—¿No pué ir?

—No señor.

—¡Pues que no vaya! ¡Lo que es yo no la quito!

—Le advierto a usted que yo soy aquí el jefe, soy el que manda...

—¡Pues quítele usted el agua a la locomotora, a ver quién manda!

—Mire usted que llamo a la pareja de la guardia civil.

—¿Quiéste que la llame yo? Ni le tengo miedo a ella ni a usted; de hombre a hombre no va nada.

(El jefe asomándose a la ventanilla y haciendo señas).

—¡Aquí! ¡La guardia civil! (Vienen dos guardias y se les explica el caso).

(Guardia).—Quite usted esa cesta de ahí en seguida.

—No me da la gana.

(El viajero, desesperado).—Pero, hombre de Dios, por la Virgen Santísima, no sea usted tozudo; ¿por qué razón prefiere usted ir a la cárcel a darnos gusto? ¿Por qué no ha de quitar usted la cesta, y se acaba todo esto?

—¡¡¡Porque no es mía, moñ!!!

(Estupefacción general).

—(El jefe)—¿De quién es?



—De ese que está dormido. ¿A ver, tú estás dormido?

(El otro sin abrir los ojos).—Según pa lo que sea.

—Pa que quites esta cesta de en medio.

—Con mucho gusto; ya están ustedes servidos.

(Quita la cesta y la pone en la red. El jefe de la estación, riendo):

—¿Y por qué no lo dijo usted desde el principio?

—Porque el señor no me l'a preguntao; porque estos que llevan corbata tienen menos gramática que uno. Lo primero e todo se dice: ¿De quién esta cesta? Y al amo e la cesta se le dice: ¿Quiúste quitála de ahí? Todo lo arreglan ustedes con mandar. ¡A mí no me manda naide! ¡De hombre a hombre no va nada!

—Bueno, hombre, bueno.

—Ya puede usted tocar el pito, y vámonos pronto.

SAINZ LOPEZ

LA ESCULTURA GRIEGA

(Pasaje traducido por J. C. G., presbítero).

Para comprender la inspiración helénica y adquirir así un conocimiento nuevo de las opuestas cualidades y tendencias de lo moderno, hay que tener en cuenta el elemento judaico, que ha modificado nuestros puntos de vista.

Los helenos fueron poetas de lo visible, y los hebreos de lo invisible. Nuestra civilización está fundada más bien en el conflicto que en la armonía de ambos aspectos de la verdad (1).

(1) Boutroux estudia la manera como pueden ellos conciliarse: ideal que el catolicismo ha realizado en cuanto es aceptable, sin que para esto sea preciso trasladarnos a los días del Renacimiento—(Nota del traductor).